




PAZ Y BIEN



Domingo de Ramos

29-III-2026



Textos:

Is. 50, 4-7.

Flp.: 2, 6-11.

Mt. 26, 3-5.14—27.66.

“Pilato le preguntó: ‘¿Qué es la verdad?’ (Jn. 18, 38)”

La última semana de la vida de Jesús –la Semana Mayor o Santa– está marcada por los acontecimientos más importantes de su existencia terrena y se desarrollan en la ciudad de Jerusalén: ingreso triunfal, institución de la Eucaristía, Pasión, Muerte en la Cruz, Resurrección. La gloria y el Hosanna del ingreso a Jerusalén es el prelude de la gloria de la Resurrección, que necesariamente es preludiada por su Pasión y Muerte en la cruz. La liturgia de hoy tiene este doble aspecto que ha marcado los últimos días de Jesús: Hosanna en la primera parte, Pasión y Muerte en la segunda.

Frente a la misión que Dios Padre le confió, Jesús no retrocede, se somete a todos los ultrajes de los hombres. Es precisamente esto, su entrega y abnegación hasta la muerte en cruz en medio de la historia, lo que hace de Él el Señor de la historia. Lo que sucedió una vez en la historia, es la expresión de lo que acontece del principio al fin de la tragedia de la humanidad: Dios es “golpeado”, cubierto de “insultos y salivazos”; todo esto y hasta la muerte Él lo asume por nuestra salvación.

La lectura y meditación de la Pasión del Señor nos enfrenta con el drama de ayer y de hoy, porque el sufrimiento de Jesús, su agonía, perdura hasta el fin del mundo (cfr. Pascal, *Pensées*, VII, 553); perdura en las guerras cuando el hombre desconoce en el otro a su hermano, le castiga y le mata, la agonía de Cristo continúa en cada aborto.

Jesucristo jamás nos deja indiferentes, es negado y traicionado o aceptado y adorado, y el encuentro con Él nos lleva a la fe: “¡Verdaderamente éste es el Hijo de Dios!” (Mt. 27, 54); o provoca burla y se le agrede e insulta.

El drama de la Pasión se “dispara” con una traición; **Judas** que rompe la amistad con el Señor, se sacude de encima el “yugo liviano” de la amistad de Jesús. Quien sacude este “yugo” liberador “no alcanza la libertad, no se hace libre, sino que, por el contrario, se convierte en esclavo de otros poderes; o más bien: el hecho de que traicione esta amistad proviene ya de

la intervención de otro poder, al que ha abierto sus puertas” (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*).

Este primer personaje del drama de la Pasión, después de traicionar al Señor entra en la peor de las noches, en la peor de las tinieblas, *“ya no ve la luz de Jesús, esa luz que puede iluminar y superar incluso la más terrible de las tinieblas”* (id.).

Cuando Judas sale del cenáculo se aleja de la luz y camina hacia la oscuridad: *“el poder de las tinieblas”* se ha apoderado de él (cfr. Jn. 3, 19; Lc. 22, 53).

También se suma, a este drama, **Pedro**, para quien Jesús se transforma en un extraño: *“Yo no conozco a ese hombre”*. Así *“Pedro llega a ese límite en que el hombre ya no reconoce a su Dios”* (Card. Martini).

Hermanos, Jesús fue traicionado por un cristiano y negado explícitamente por el discípulo en el que más confió, el representante de la futura Iglesia; había miedo de ser reconocido como discípulo del condenado, éste era el clima que rodeaba a Jesús.

En rigor de verdad, cuántas veces actualizamos esta traición o negación, cuántas veces por miedo o por respeto humano traicionamos o negamos al Señor.

A la traición y negación le sigue el juicio, en el que el justo Juez, el que juzgará la historia, es juzgado; la Verdad es juzgada y condenada. Para este juicio se hacen componendas y los enemigos –**Pilato y Herodes**– hacen alianza, se *“reconcilian”* y se unen contra Jesús y declaran una oscura lucha contra la verdad. En este juicio *“la verdad es tan manifiesta y potente que el proceso no parece tener sino una finalidad: **oscurecer la verdad** hasta tal grado que sea posible la sentencia condenatoria”* (R. Guardini).

En el Evangelio de Juan, Pilato pregunta a Jesús: *“¿Qué es la verdad?”* (Jn. 18, 38), pero no esperó la respuesta porque inmediatamente se alejó de la presencia de Jesús (id.).

El Señor dice: *“Yo soy la verdad”*, y es esta verdad la que es traicionada por Judas, negada por Pedro y negociada por Pilato, quien vislumbra que algún obstáculo puede detener su brillante carrera política: apenas entrevé la posibilidad de que vayan mensajeros a Roma y enturbien allí su buena fama, cesa su interés por la verdad. Pilato hace un gesto que será símbolo de indiferencia frente a la verdad y al error, frente al bien y al mal: *“Pilato hizo traer agua y se **lavó las manos** delante de la multitud”*. Cuántas veces también nosotros nos lavamos las manos cuando no damos

testimonio de nuestra fe, cuando disimulamos nuestra condición de cristianos.

Pero debemos reconocer que Pilato no es el único que ha dejado al margen esta cuestión de la verdad. *“También hoy se la considera molesta – dice Benedicto XVI–, tanto en la contienda política como en la discusión sobre la formación del derecho. Pero sin la verdad el hombre pierde en definitiva el sentido de su vida para dejar el campo libre a los más fuertes”* (op. cit.), y muchas veces a los más violentos. **Sin la verdad, la política es un culto a los demonios** y la Redención sólo puede consistir en que la verdad sea reconocible y reconocida.

No hay dudas que *“Pilato fue un cobarde y un débil. Todo estaba allí corrompido, porque ni el gobernador supo hacer frente al pueblo, ni el pueblo a sus dirigentes”* (San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Ev. de Mateo*, Pb, 2). Nada nuevo hay bajo el sol.

Frente a este drama del *juicio a la verdad*, debemos preguntarnos con Benedicto XVI: *“¿Qué ocurre si la verdad no cuenta nada? ¿Qué justicia será entonces posible? ¿No debe haber quizás criterios comunes que garanticen verdaderamente la justicia para todos, criterios fuera del alcance de las opiniones cambiantes y de las concentraciones del poder? ¿No es cierto que las grandes dictaduras han vivido a causa de la mentira ideológica y que sólo la verdad ha podido llevar a la liberación?”* (op. cit.).

Hermanos, cuando negamos a Dios, negamos el fundamento de la verdad, y especialmente la verdad sobre el ser humano, y volvemos, entonces, a actualizar el drama de la Pasión, en la que *“todos los enemigos de la verdad traicionan la Palabra de Dios del mismo modo que Judas traicionó a Jesús”* (Orígenes).

Pidamos al buen Dios que podamos comprender que si somos fieles a la verdad seremos discípulos del Señor y Su verdad nos liberará de toda esclavitud; que reconozcamos que la verdad excluye toda violencia, y que podamos ver en Cristo sufriente el rostro del humilde que sufre.

Amén.

G. in D.